

Miguel Ángel Granados Chapa

Referente obligado

José Woldenberg

Es ya un lugar común afirmar que Miguel Ángel Granados Chapa es un referente obligado del debate político nacional. Y cuando ello se afirma se dice una verdad. Pero, ¿cómo se transforma un periodista en una opinión influyente, respetada? Intento una respuesta.

El primer ingrediente es la constancia, la tenacidad, el trabajo diario. MAGCH escribe, por lo menos, una columna diaria desde hace décadas. Eso le permite dar un seguimiento constante al devenir de eso que llamamos la vida política o la vida pública. El artículo ocasional, el comentario altamente especializado, la intervención fortuita son más que relevantes, pero por su intermitencia difícilmente pueden convertir a sus autores en referencias sistemáticas.

El segundo ingrediente es el conocimiento suficiente. Sin él, los textos o las intervenciones pueden multiplicarse, pero difícilmente podrán asentarse en el debate cotidiano. Las ocurrencias, los fuegos artificiales, las gracejadas sirven para colorear el espacio del debate público, pero por sus propias características suelen ser evanescentes, volátiles. Sólo el conocimiento de “las cosas” puede ir asentando una voz autorizada.

Por supuesto que no son los dos únicos nutrientes. La memoria prodigiosa que tiene Miguel Ángel, su capacidad para acompañar y analizar las más diversas causas, sus destrezas polémicas, su conocimiento del derecho, su seriedad, su ruptura radical con aquel columnismo que “tasaba las líneas ágata al mejor postor” son fáciles de documentar, pero (para mí) los dos ingredientes básicos son la constancia y el conocimiento.

Y por ello, porque se trata de una figura sin la cual el periodismo mexicano sería diferente, Silvia Cherem emprendió la ta-

rea de entrevistarle y armar un testimonio de “medio siglo de historias”. La entrevista que Silvia Cherem le hace a MAGCH y el trabajo de edición de la misma merecen destacarse. La conversación es ágil, pertinente, sagaz, cálida. Y el libro es al mismo tiempo una panorámica de la vida de MA, acompañada de exploraciones en profundidad de algunos de los pasajes más significativos de esa historia. El libro nos ofrece una visión a vuelo de pájaro de una biografía digna de ser rescatada y elementos explicativos de algunos episodios polémicos y cruciales de esa trayectoria.

El esbozo biográfico abarca desde algunas “estampas infantiles” hasta la forma en que MA ha afrontado la enfermedad que lo aqueja pero no lo doblega, desde sus primeros pasos por el periodismo hasta sus querencias políticas, desde sus inicios en *Excelsior* hasta su larga y fructífera estancia en *Reforma*, pasando por la creación de distintos proyectos periodísticos y conflictos de muy diversa índole y significado: la expulsión de *Excelsior* del equipo que comandaba Julio Scherer, su alejamiento de *Proceso* y su posterior reencuentro, la bifurcación de *Unomásuno*, la ruptura con *La Jornada*. Una historia que escoltada de reflexión ayuda a alumbrar las pasiones que han acompañado la vida de MA.

No se trata de una visión idílica ni apologética, aunque por supuesto aparece con gran fuerza y elocuencia la admiración de Silvia Cherem por su entrevistado. Pero a lo largo de las páginas corren también las tensiones que MA ha tenido con otras figuras del periodismo nacional. Episodios difíciles, controvertibles, delicados, sobre los que, sin rodeos ni barroquismos, MA ofrece su versión. Son esos pasajes los que quizá sorprendan más a los lectores.

Su visión crítica de cómo don Julio Scherer arropó y consintió a quien sería el principal traidor en *Excelsior* —Regino Díaz Redondo— a pesar de las reiteradas alertas que MA y otros le hicieron; o la forma torpe en que procesaron la posibilidad, durante el gobierno de José López Portillo, de recuperar aquel periódico; o su ruptura con *La Jornada*, luego de que Carlos Payán y quienes entonces lo apoyábamos alargamos el tiempo que un director general del periódico podía durar en su cargo alumbran episodios controvertidos y controvertibles de la historia reciente del periodismo mexicano. También su distanciamiento del hoy presidente de la República, Felipe Calderón, que a decir de GCH le “jugó chueco”, cuando era presidente del PAN, en el compromiso para apoyarlo en la candidatura a gobernador de Hidalgo.

Hay también pasajes autocríticos. Como la poca atención que en su momento MA prestó a la “guerra sucia” que se libraba en el país en los años setenta. Así lo dice:

Si se revisara mi material de los setenta con los ojos de hoy, hasta yo mismo me preguntaría: “Y ese cuate, ¿en qué país vivía?”. Era de los pocos que escribía de uno que otro guerrillero, pero lo hice como casos aislados. No percibí la persecución ilegal sistemática de la que eran objeto los guerrilleros —a unos los mataron, a otros los exiliaron— y eso es un profundo hoyo en mi trabajo que lamento.

Hacer un recorrido de medio siglo también sirve para apreciar los cambios que el periodismo y su entorno han sufrido. Leer, por ejemplo, el capítulo donde MA describe y denuncia las prácticas de las organizaciones ultraderechistas de México en el le-

jano 1964 no deja de sorprender y ayuda a aquilatar lo que en términos de la vida pública —de tolerancia y coexistencia de la diversidad— el país ha avanzado. Pero recrear el acoso, el secuestro y la agresión de los que fue víctima GCH como consecuencia de su denuncia ilustra y alerta contra todo tipo de fanatismos. Una lección de ayer, de hoy y me temo que de mañana.

Y en el libro también aparecen reconstruidos auténticos episodios siniestros como el del asesinato de Manuel Buendía, maestro pero sobre todo amigo de MA o el de los guardias de *La Jornada* a manos del PROCUP. Se trata de capítulos sangrientos que ilustran cómo las diferencias políticas pueden ser leídas por aquellos que se creen impunes o portadores de la Verdad, a través de un código guerrero que supuestamente los legitima para matar. En ambos casos, sobra decirlo, se trata de operaciones criminales que no tienen ni deben tener atenuante alguno.

Hay un tema apenas esbozado en el texto, sobre el que quiero llamar su atención. Se trata de la forma en que debemos los comentaristas lidiar con aquellas personas, organizaciones, movimientos o gobiernos, con los que nos sentimos cercanos o incluso identificados. Retomo unas cuantas frases de MA —quizá de manera abusiva— para ilustrar mi preocupación. Afirma sobre su relación con una franja de la izquierda —la comunista— que cito: “he sido un típico compañero de viaje, un amigo que los ha acompañado con tibieza: sin criticarlos y sin comulgar con ellos”. Y más adelante dice el libro: “jamás los he criticado. Hay otros haciendo esa crítica, casi todos mercenarios a quienes no me quiero parecer y que no me necesitan para validar su trabajo”.

Reproduzco esas notas porque creo que es una de las debilidades mayores de nuestro periodismo: la incapacidad de juzgar a los “nuestros”, de contemporizar con quien simpatizamos, para no hacerle el juego a supuestos o reales adversarios. Sostengo lo contrario: el mejor aporte que podemos hacer a aquellas causas que compartimos es el de la crítica franca y abierta. Contribuir a crear contextos de exigencia intelectual es indispensable y necesario. Porque de lo contrario, individuos o agrupaciones acababan pensándose como portadores de to-

dos los valores y pulsiones venturosas. Y eso, lo sabemos o intuimos, es imposible.

Me detengo en un capítulo singular porque de él puedo dar testimonio directo: nuestra estancia como consejeros ciudadanos en el IFE. Al Instituto Federal Electoral los consejeros ciudadanos entramos en una situación de emergencia. El proceso electoral estaba en curso, pero el levantamiento del EZLN y el asesinato de Luis Donald Colosio, candidato del PRI, fueron el acicate para una serie de acuerdos entre los partidos y los candidatos a la presidencia de la República que intentaban multiplicar los candidatos de seguridad de los comicios. Uno de esos eslabones fue la de sustituir a los consejeros magistrados por consejeros ciudadanos. Tomamos posesión el 3 de mayo (no como dice el libro, en junio) y las elecciones debían celebrarse el tercer domingo de agosto. Y desde un inicio trabajamos para no defraudar aquella encomienda.

Santiago Creel, Miguel Ángel Granados Chapa, José Francisco Ortiz Pinchetti, Ricardo Pozas, Fernando Zertuche y yo habíamos sido nombrados como fruto de una negociación entre los representantes de los partidos y la Secretaría de Gobernación. Todos habíamos sido propuestos por algún representante partidista pero asumimos desde un inicio que no éramos correa de transmisión de nadie. Se acababa de modificar la composición del Consejo General del IFE y por primera vez los consejeros de manera conjunta teníamos más votos que el resto de los integrantes del Consejo. Los consejeros éramos seis y además votaban el secretario de Gobernación y los representantes del Poder Legislativo, en aquel entonces dos del PRI, uno del PAN y otro del PRD.

Creo que comprendimos nuestra misión: no alinearnos con ninguna fuerza política y generar un circuito de deliberación entre nosotros que fuera capaz de tomar las mejores decisiones para el IFE y para el desarrollo de la contienda en curso. Hay que señalar que además, el secretario de Gobernación de entonces, Jorge Carpizo, prácticamente declinó su derecho al voto, intentando subrayar su neutralidad, por lo cual los votos de los consejeros ciudadanos en el Consejo resultaban casi definitivos.

Discutimos todos los puntos de las diversas órdenes del día y lo hicimos de ma-

nera franca. Todos estuvimos de acuerdo, y así lo hicimos, en presentar nuestras iniciativas, dudas, intenciones de modificación, ante nuestros compañeros. Y todos en muy diferentes momentos modulamos y modificamos nuestras posiciones al escuchar los argumentos que se ponían sobre la mesa.

MAGCH realizó contribuciones fundamentales dentro de ese circuito de deliberación. Su experiencia política, su sentido de la responsabilidad, su madurez, su conocimiento de las rutinas y rituales de la vida política nacional, su lectura de la legislación y su sentido ayudaron a elevar la mira y a salir airoso del compromiso contraído.

Luego fuimos ratificados como consejeros hasta que se acordara y aprobara una nueva reforma electoral. Creímos que en uno o dos meses esa tarea sería resuelta por los partidos y el gobierno, pero tardaron casi dos años en ponerse de acuerdo en una profunda y significativa modificación normativa que no cristalizó hasta fines de 1996.

En esos dos años y medio los consejeros trabajamos como un cuerpo plural pero intentando forjar acuerdos. Nadie declinó sus puntos de vista, pero en todos hubo la voluntad de escuchar las razones de los otros y buscar salidas para las diferencias. Redactamos, como en su tiempo dijo MA, “un pliego de mortaja”, es decir, un esbozo de lo que debería ser una nueva reforma electoral. Y ese documento cumplió la función de alimentar la discusión y el acuerdo sobre el tema entre los representantes de los partidos y el gobierno.

Guardo de aquellos años un buen recuerdo y un afecto especial por quienes compartimos la misión de inyectarle confianza y credibilidad a los procesos electorales. Y entonces MAGCH demostró que no sólo es un periodista por vocación, temperamento y capacidad, sino que también fue y puede ser un “funcionario ciudadano” cuyos talentos pueden ser puestos al servicio de una causa superior: la que permite la coexistencia de la diversidad política que cruza al país. ■

Silvia Cherem, *Por la izquierda*, prólogo de Carmen Arístegui, Khálida, México, 2010, 202 pp. Más treinta y dos páginas de fotografías.